

VIII.

EL LIBRO EN LAS CLASES DE HISTORIA.

El libro puede entrar bajo dos muy distintos conceptos en las clases de Historia. De una parte, en cuanto es colección de documentos originales, de narraciones contemporáneas, de inscripciones, etc., tiene la consideración de material inmediato del conocimiento: es la propia Historia en uno de sus elementos fundamentales. De otra, cuando es producto de un estudio y reflexión anterior, ya bajo la forma de tratado completo, ya como monografía especial de un punto, es sólo fuente mediata y segunda, que puede ahorrar en un caso dado, pero no sustituir para siempre, el trabajo de manejar las primeras; y entonces, figura en la enseñanza á título de «obra de consulta» ó, más ordinariamente, en concepto y funciones del llamado «libro de texto»; pero siempre con un carácter doctrinal.

En el primer sentido, el libro representa las *fuentes literarias* de la Historia; en el segundo, es un auxiliar, sin otro valor que el de una interpretación y exposición subjetiva—más ó menos fiel y acertada—del hecho histórico y de sus fuentes directas: de modo que lo primero siempre, en el tiempo y en la exigencia científica, es la fuente

misma, y lo segundo, el resultado que de su estudio y reflexión se deduce en las obras «doctrinales».

Ahora bien: es claro que la verdadera educación histórica, estando pendiente, como lo está en cada momento, de la investigación personal y realista, debe hacerse predominantemente sobre las fuentes y no sobre el libro doctrinal ó la narración de segunda mano. Pero también es cierto que las llamadas obras históricas—las de César Cantú, Michelet, Castro, Lafuente—representan una labor constructiva que condensa en poco espacio la resultante de una serie de esfuerzos y estudios cuya repetición no siempre puede hacer el sujeto: ya por no ser esta la intención con que acude á los conocimientos históricos; ya por faltarle la preparación requerida; ya por no insistir en largas comprobaciones sobre puntos que, hasta donde es posible decir esto, se consideran suficientemente depurados, sin que necesiten la aplicación de constantes energías que otros reclaman con necesidad mayor.—Téngase presente también que, á veces, son merecedores esos trabajos constructivos de singular fe y confianza, como sucede cuando proceden de personas cuyas condiciones de competencia y sinceridad fuesen bien reconocidas de todos; respecto de los cuales, no obstante, serán siempre de considerar, como elementos sujetos á crítica, las preocupaciones ó puntos de vista personales de que puedan provenir errores de interpretación y de juicio.

Quiere decirse con esto, que los libros que no son fuentes inmediatas de los sucesos históricos tienen su utilidad y su valor como obras científicas, en cuanto presentan resumido todo un proceso de investigaciones, y permiten enterarse en breve tiempo del estado del conocimiento.

Por otra parte, según ya hemos notado, no siempre tiene el sujeto la debida preparación para estudiar las «fuentes literarias». Son éstas, quizá, las de manejo más difícil. Piden forzosamente la posesión de idiomas extraños, vivos y muertos; de alfabetos y formas caligráficas raras; de fenómenos y vicisitudes lingüísticas largas de aprender; de circunstancias históricas que son base precisa de interpretación. Por todo lo cual se comprenderá que, en los primeros años de la enseñanza, el alumno no pueda leer los Fueros y cartas pueblas medievales, ni las inscripciones latinas, ni los jeroglíficos egipcios, ni aun los historiadores clásicos; siéndole imposible, también, sacar de ellos (aun traducidos) el provecho y jugo que naturalmente tienen para los versados en su lectura. Muy otra cosa sucede con el resto de las fuentes ó material de que hemos hablado; ya que para ver una catedral, un cuadro, una estatua, un mapa; para clasificar un hacha de sílex ó de bronce, un traje, una armadura; para observar las supervivencias de hecho y recoger las tradiciones populares, basta con los sentidos ordinarios y con una mediana é intencionada cultura y reflexión, que pueden siempre provocarse en el joven. Pero las fuentes literarias, repetimos, no pueden utilizarse directamente como material de estudio en los primeros años, ni cabe exigir en éstos el esfuerzo constructivo, la dirección en el trabajo que más adelante se impone. En su lugar, está la narración ajena, ora como explicación del maestro, ora como manual ó libro escolar, en el cual cabe pedir determinadas condiciones en relación con los principios pedagógicos. Estudiaremos, pues, separadamente cada uno de los dos conceptos en que entra el libro en las clases de Historia.

Tiene el manual ó «libro de texto» dos gravísimos inconvenientes: 1.º, ser, por lo común, obra de tercera ó cuarta mano, escrita de prisa, sin escrúpulo y con fin comercial, más bien que científico; 2.º, el carácter dogmático, cerrado y seco con que pretende «contestar á las preguntas del programa». Añádase á estas dos faltas la de ceñirse, según el concepto antiguo, á los hechos externos de la vida política, y se tendrá retratado el carácter de ese medio de enseñanza, tal como ha sido hasta nuestros días. Un maestro inglés, Mr. Arthur Baker, contaba no hace mucho (1) que un *manual* muy popular en las escuelas de su país empieza de este modo: «La Historia nos enseña quiénes han sido reyes y reinas y cuándo murieron.» Con razón añade Mr. Baker que los niños nutridos en este *manual* podrían llegar á saber gran número de pormenores insignificantes, «pero no llegarán nunca á tener un concepto, v. gr., del carácter general y las consecuencias de la Reforma».

Con estas condiciones, se comprenderá que los *manuals* sean los más adecuados archivos de errores de toda la literatura histórica. «En ninguna parte se repiten con más tenacidad los mismos errores históricos—dice Moeller, profesor en la Universidad católica de Lovaina—como en este género de libros, debidos, casi siempre, á oscuros compiladores, que se limitan á copiar á los que les precedieron. Importa pues mucho, cuando se puede escoger, adoptar autores conocidos, cuyo nombre ofrezca garantía científica, cuidando de poner en manos de los alumnos las ediciones más recientes, puestas al tanto de las últimas investigaciones» (2).

(1) *The teaching of history* (*Journal of Education*, Enero, 1891).

(2) *Traité des études historiques*, pág. 468.

El mal, como se ve, no es exclusivo de una nación, ni aun de las más atrasadas en cultura. Lo mismo que dice Moeller en general (y especialmente de los *manuales* escritos en lengua francesa), podría decirse de muchos de los españoles. No hace mucho tiempo que un sabio arabista intentó publicar la crítica—que había de ser copiosa—de los errores é invenciones que circulan en letras de molde acerca de la historia de los reinos árabes peninsulares. No lo hizo al cabo, y fué lástima, porque hubiera sido un ejemplo precioso y altamente útil. Portugal nos brinda, en cambio, con una de las más graciosas y fundamentadas críticas que pueden leerse en la materia (1). Su autor, Manuel Bento de Souza, pasa revista á todos los errores que pululan en los «libros de texto» portugueses; errores tan enormísimos, que cuesta creerlos posibles, y más que posibles tolerables. Las causas á que atribuye la existencia y aprobación oficial de tales libros (2) son demasiado inmorales para que podamos considerarlas como únicas, ni nos atrevamos á generalizarlas aplicándolas á la existencia del mismo fenómeno en otros países. El origen más frecuente de tan terrible daño para la enseñanza parece ser la precipitación con que se ha escrito la mayor parte de los manuales: ora deseando aprovechar favorables coyunturas del mercado, ora por de-

(1) *O Doutor Minerva* (Crítica do ensino em Portugal). Lisboa, 1894.

(2) Véanse especialmente páginas 111-117 y 313. Ocioso será advertir que no hemos de tratar en este lugar sino del aspecto científico, del pedagógico de los libros de texto. Otros aspectos, como el económico y el moral, han conservado á discutirse públicamente en España con motivo de la reciente reforma de la segunda enseñanza. ¡Ojalá tenga la iniciativa de algunos importantes periódicos el resultado de concluir con los muchos abusos que denuncian y que afectan gravemente á la instrucción pública!

masiada confianza en las propias fuerzas, ora por afán irreflexivo de escribir; juntándose á estas causas la desatención en que se suele tener la materia histórica, sin cuidarse de renovar los conocimientos, rectificar las equivocaciones, añadir las novedades, y persistiendo, por el contrario, en repetir el mismo texto en ediciones no revisadas y que cada vez van quedando más viejas y defectuosas.

Si alguien se atreviese á escribir un trabajo de crítica comparada de los Manuales publicados, v. gr., en las naciones latinas, tomando por base un período cualquiera, ó la historia particular de una nación, asustaría seguramente el cúmulo de enormes errores, en límites no sospechados, que se ofrece á los alumnos á título de enseñanza *oficial* de la verdad.

No quiere esto decir que todos los manuales y libros de texto merezcan iguales censuras. No hay seguramente ninguno que sea impecable: condición inherente á todo lo humano; pero los hay muy recomendables y excelentes, sobre todo entre los modernos que se inspiran en los consejos de la pedagogía y en las leyes de exactitud y sinceridad de la crítica histórica. Esta condición de la exactitud es, sin duda ninguna, la primera, como observa bien Moeller; y no hay que decir si obliga á los autores á mantenerse siempre al corriente de las investigaciones históricas, y á inspirarse en el sentido de sinceridad que piden las investigaciones científicas.

Juntamente con ella, exige el nuevo sentido ya explicado que los *manuales* comprendan la «historia de la civilización», y que procuren desprenderse del fárrago de pormenores eruditos é inútiles sobre la historia militar y

política; dando, en su lugar, las líneas fundamentales, los puntos de vista sintéticos de la evolución humana. Por fortuna, ya tenemos ejemplos de este modo de concebir el libro escolar; y ninguno, ciertamente, más típico y completo que el *Compendio de Historia de la Civilización* de Seignobos (1), para las clases elementales (2), y cualquiera de las *Historias* ya citadas del propio Seignobos, Crozals, Rambaud, Ducoudray, ó de los alemanes Kolb, Honegger, etc., para los grados inmediatamente superiores, sin pasar de la segunda enseñanza (3).

Por otra parte, la función del libro de texto ó manual, dadas las condiciones que imprime á la enseñanza el moderno método activo é intuitivo, ha variado esencialmente.

(1) Un vol. de 228 páginas, con grabados. Traducción esp. hecha en París.—Ch. Bouret, 1890. 2,50 pesetas. Posteriormente se ha publicado también la edición castellana de la *Historia de la civilización*, en dos tomos, traducida muy imperfectamente.

(2) Añádase como tipo la *Histoire et civilisation de la France*, publicada por la casa Hachette, especialmente para las escuelas. Un vol. de 148 páginas con grabados. 1890. Una peseta.—En España no tenemos de este carácter más que los ensayos de los Sres. Sales y Picatoste, ya citados. El nuevo plan de la segunda enseñanza, decretado los días en que corrijó estas pruebas (mes de Septiembre) impulsará, sin duda, la publicación de libros de este género, puesto que exige que en la clase de Historia universal se estudien «las principales fases del desarrollo de la cultura».

(3) Los ingleses tienen también libros de este carácter. Mr. Langlois recomienda como muy notable el compendio de J. R. Green, titulado *A Short history of the english people*, trad. al francés en 1888. (Dos volúmenes en 8.º) También la *History of England*, de Corner (París, sin a.), y, en menor escala, la de J. Curnow (Londres, 1879), contienen indicaciones sobre el estado social, la literatura, el comercio, etc. Recientemente ha publicado otro libro de este género el Rev. Edgar Sandersson: *Outlines of the World's History, ancient, mediaeval and Modern, with special relation to the History of Civilization and the Progress of Mankind*. Contiene grabados y mapas en color. London. Segunda edición, sin a. La primera es de 1890. (Ved la cita de Gardiner más adelante.)

En los procedimientos tradicionales, el libro lo era todo, y aprenderlo de memoria la misión del alumno. Hoy día, el libro no es el objeto ni el fin de la enseñanza, sino meramente un auxiliar, un suplemento de la lección oral, cuyo valor estriba en suprimir los farragosos apuntes de clase, que tanto molestan al alumno, y en ofrecer á éste un lugar de referencia para ciertos pormenores (fechas, nombres, números) que es difícil y aun inútil confiar á la memoria. También, según veremos más adelante, se considera necesario el libro de texto como un precedente y preparación obligada, en su mera lectura (aunque detenida), de la explicación oral que hace el profesor; fundándose en el carácter pasajero que ésta tiene y en la escasa impresión y rastro que suele dejar, al poco tiempo, en la memoria de los niños. Aun así, continúa el libro la condición de *auxiliar* que fundamentalmente le hemos señalado. Se comprende, pues, cuánto disminuye con esto el valor y representación que se le concedía en los métodos tradicionales (1). Teniendo hoy el alumno tan gran número de objetos en los cuales puede obtener un conocimiento intuitivo, resulta, de un lado, impuesta la explicación oral del maestro, que viene á ser circunstancial y dirigida, no á pronunciar un discurso delante del objeto, sino á notar los caracteres de él, y enlazarlo, mediante breves consideraciones, algún nombre y una fecha (de siglos, más bien que de años, casi siempre), al cuadro general de la historia; y de otro lado, el libro va siendo cada vez de menos necesidad *inmediata* para la enseñanza.

(1) Ved, entre otros preceptistas, Fitch, *Lecciones sobre la enseñanza*, en la edición inglesa, más completa que la traducción española de Appleton. Cambridge, 1884, págs. 371-372.

Aunque sea adelantar conceptos que, en rigor, son ahora precisos para atender estas consideraciones, digamos que en una clase de Historia bien dirigida no debe haber, al principio, ningún libro de texto: mejor dicho, ningún manual. En las primeras *lecciones* (valga lo usual de la palabra, aunque no cubre su inexactitud), es absolutamente inútil y aun imposible, debiendo consistir aquéllas en observaciones y reflexiones del propio alumno, guiado por el profesor, y pudiendo darse el caso de que no sepa aquél leer lo bastante para manejar un libro. Este no debe venir hasta más tarde, y la primera forma en que ha de hacerlo es como propia obra del alumno, en resúmenes de las explicaciones de clase, que no pueden tener aún el carácter ordenado y sistemático del libro de texto (1).

Mucho después, es decir, cuando se entra de lleno en el estudio de la historia según plan sistemático, cabe ya el libro como *manual* auxiliar, siempre que reúna las condiciones del *Compendio* citado de Seignobos ú otros análogos; y en adelante, el libro irá aumentando en extensión, es decir, en pormenores y horizonte, al compás que se desarrolla el estudio cíclico, ó según las modalidades particulares del programa.

Pero aun con el carácter secundario y auxiliar que viene así á tener el libro de texto, no desaparecen las faltas ingénitas que todos los manuales llevan consigo, y que chocan con el sentido y forma general del método. Para correspon-

(1) Mme. Kergomard, que en principio es opuesta á que se enseñe la historia á los párvulos, ha escrito para ellos un libro muy recomendable de historia, que puede ser el primero, con anterioridad al *Compendio* de Seignobos.

der á éste hace falta un libro concebido de muy diferente modo, que llene los vacíos naturales de la intuición y de la explicación, y en el cual se refleje algo de la vida, el calor y el movimiento de la historia misma. A esta necesidad se ha venido á responder con las llamadas *Lecturas históricas*, hace tiempo ensayadas en varios puntos (1), y hoy reconocidas y adoptadas oficialmente en la segunda enseñanza francesa, merced á la iniciativa de Mr. Lavissee. He aquí cómo éste razona en sus *Instrucciones*, ya citadas, la formación del nuevo libro. «En la enseñanza de la historia—dice—el peligro está en la inercia del alumno; si hemos de corregir los hábitos adquiridos, el principal objeto de la reforma debe ser estimular la actividad del niño.... El profesor debe quedar siempre libre para organizar como mejor entienda la práctica de su clase; pero creemos inútil proponer.... un método que difiera del que hoy, generalmente, se sigue. Este método que es, hablando con propiedad, el de colaboración del maestro y el discípulo, supone la existencia de un nuevo instrumento de trabajo, de un libro para cada clase, que vendrá á ocupar un sitio al lado del manual, en la modesta biblioteca del estudiante.» «Este libro—añade en un párrafo que hemos tenido ocasión de citar otra vez—no presentará, como el manual, la completa sucesión de los hechos; no será un compendio de historia universal; ofrecerá, describiéndolos, los grandes sucesos, las costumbres, las instituciones, con las biogra-

(1) En Italia, v. gr., el libro de G. Rondoni, *Lecture storiche, con particolare riguardo all' Italia* (vol. 1.—*Medio Evo*). Torino, 1891. En Inglaterra existen, entre otros, uno de J. Guest, y otro de J. R. Green (*Readings*) recomendables. (Véanse más adelante otras citas.)

fias ó retratos de los personajes más notables. Cada uno de los capítulos se corresponderá con una lección del programa. Los alumnos lo leerán antes de clase, y el profesor deberá asegurarse de que así lo han hecho, resumiendo por su parte y á grandes rasgos el capítulo, y presentando familiarmente, pero en buen orden, las observaciones y juicios oportunos.»

Estas indicaciones generales dejan ancho campo á la iniciativa del autor; y así ocurre (aparte de los ejemplos anteriores á la Instrucción referida) que cada cual de los que han escrito y publicado en Francia *Lecturas históricas* entiende de diverso modo la composición del libro. Hay que notar también que el concepto de *Lectura histórica* es aplicable, no sólo á las dedicadas al alumno directamente, sino, de igual manera, á las que el maestro puede y debe hacer en medio de sus explicaciones, como un elemento que ha de prestarles la animación, atractivo y color histórico que difícilmente tiene la narración escueta y elemental de los sucesos. Comprendemos, pues, bajo aquel nombre, varios grupos de material literario, ya redactado y organizado reflexivamente bajo la forma de libro, ya contenido en obras que no se escribieron con intento pedagógico, pero que pueden ser aprovechadas con este carácter en la primera y segunda enseñanza.

1.º *Lecturas históricas* de composición original. En ellas, el autor redacta su libro, prescindiendo más ó menos de los hechos políticos, y consagrándose, en la forma que le parece más ajustada á su propósito, á exponer las instituciones, usos, costumbres privadas, desarrollo artístico, etc., de los pueblos. Así han escrito Seignobos su *Historia narrativa y descriptiva*, y Maspero el volumen sobre *Egipto y*

Asiria (1). De la composición y plan de este último, ya hubo de hablarse antes. Es un libro amenísimo, casi una novela histórica, pero en que la fantasía no se permite el más ligero desliz contra la verdad; y escrito deliciosamente, con la maestría técnica que dan el completo dominio del asunto y las condiciones de escritor que M. Maspero tiene acreditadas. Como libro escolar, es seguro su éxito entre los alumnos, en los cuales excitará juntamente la imaginación y el interés por aquellas lejanas épocas.

El de Seignobos difiere bastante. Ya se ha dicho algo de él más arriba; pero conviene, para caracterizarlo mejor, trasladar aquí las explicaciones auténticas que el autor da en el *Suplemento para el uso de los profesores* (2).

¿Qué es lo que debe contener el libro escolar de historia y cómo ha de estar compuesto? pregunta Mr. Seignobos. «Si se quiere exponer todos los hechos históricos, como lo hacen los manuales, llamados antes compendios (*précis*), resultará un resumen árido que repugnará al alumno; porque habrá sido menester, para que resulte completo, sacrificar los detalles que precisamente le pueden dar la impresión de vida. Si, por el contrario, se escoge algunos episodios para contarlos al pormenor, se compondrá una serie de relatos quizá

(1) Del mismo tipo es el libro de Crozals, *L'ancien régime* (*Collection de Lectures historiques publiée sous la direction de M. de Crozals*. Paris, Delagrave, sin a.) y el de S. Rawson Gardiner, titulado *A Student's History of England* (vols. I y II. Londres, Longmans). Los críticos consideran esta obra (ilustrada con numerosos grabados de exquisita fidelidad arqueológica) como la mejor que puede recomendarse á los estudiantes, con preferencia á las de Brighy y York Powell; pero por estudiantes no se entiende aquí *principiantes*, y por tanto el libro de Gardiner corresponde á un grado de cierta cultura y formación en los estudios históricos.

(2) Un volumen muy interesante de 112 páginas. No se vende.

interesantes, pero desunidos, en donde no se verá esa continuidad que hace inteligible la historia: tal es el defecto de las *Lecturas históricas* (1).» «Yo, añade Seignobos, he buscado la solución de tanta dificultad en la naturaleza misma de la historia. Compónese ésta de dos elementos: los hechos, y las reflexiones, análisis y deducciones de ellos. Esto segundo es la obra exclusiva del profesor. No puede entrar en ella un libro dedicado á los alumnos, ni es pedagógicamente conveniente que así lo haga. En cambio, puede contener todo el primer elemento, dejando mayor espacio y libertad para las explicaciones en el sentido indicado. Teniendo esto en cuenta, mi intención ha sido descargar á los profesores de la parte más embarazosa de su trabajo, dando á los alumnos un libro que les ofrezca los materiales de la historia, es decir, el relato de los hechos, las anécdotas características, las leyendas célebres, las fechas, las indicaciones biográficas, las descripciones de países, de costumbres, de ceremonias, de artes y de instituciones. El profesor hará que lo lean previamente sus alumnos, y podrá así reservar el tiempo de la clase á la parte de la enseñanza que no se puede cumplir sin él; es decir, lo que consiste en hacer que los alumnos mismos encuentren las observaciones que sugieren los hechos históricos y las enseñanzas que contienen. Ese libro sería, en la enseñanza de la historia, lo que son el diccionario y los textos de autores en la enseñanza de idiomas.»—Para lograrlo, ha escogido Mr. Seignobos en los documentos antiguos (Herodoto, la Biblia, las traducciones del asirio y del

(1) No puede decirse esto, en rigor, de los libros de Guiraud, Langlois y otros que luego examinamos.

egipcio) todos los relatos importantes que le han parecido bastante característicos para interesar al niño y darle la impresión de la vida antigua. «He admitido también, dice, todas las leyendas consagradas por la tradición, porque hoy están incorporadas á nuestras concepciones históricas. He preferido pecar por exceso más bien que por defecto, ya que siempre será fácil al profesor suprimir lo que le parezca inútil.» Rechaza, en cambio, «todos los sucesos que nos son conocidos sólo por indicaciones abstractas, sin colorido dramático ó pintoresco, y que no podrían presentarse más que en forma de nomenclatura ó de mención escueta, ni proporcionarían al alumno ninguna imagen viva.» Para las descripciones, escoge «de los documentos antiguos y las obras de los exploradores, tipos bien caracterizados de costumbres, ceremonias, creencias, monumentos; cuidando de dar á los pormenores la suficiente precisión para que el alumno pueda formarse una idea clara.» Finalmente, los documentos no figuran en su forma propia, sino traducidos al lenguaje moderno del modo más sencillo y más claro, aprovechando todos los «rasgos dramáticos ó pintorescos» para encajarlos en la exposición: procedimiento seguido ya por Agustín Thierry en sus *Narraciones merovingias*.

Como se ve, la *Historia narrativa* no es, propiamente, más que una ampliación, con carácter descriptivo y pintoresco, de la *Historia de la civilización*; si bien aquélla no pasa de los tiempos de Roma (1). Por esto, aunque en la

(1) Publicados sólo, hasta hoy, los tomos de Oriente, Grecia y Roma. Los tres llevan profusión de grabados y mapas. Lo mismo el de Maspero y los otros que luego se citan.—El editor Alcan publica también en este tipo un *Curso completo de historia* bajo la dirección de M. G. Monod, profesor en la Escuela práctica de estudios superiores, y con arreglo

intención viene á coincidir con las *Instrucciones* ya citadas, difiere mucho del tipo que parece más propio para las *Lecturas*.

En cambio deben incluirse en este grupo, sin género de duda, los libros de *Biografías* ó *Historias biográficas* escritos para los niños con objeto de que sirvan de *texto* en los primeros años. Puede citarse como modelo la *Historia americana* (1) de E. Eggleston; y para alumnos más avanzados, la *Historia universal* (2), de Spiess y Verlet.

De menor alcance, y más elementales, hay otros muchos libros de *biografías*, dedicados á las enseñanzas primarias, como, por ejemplo, el titulado *Biografies à l'usage des écoles moyennes*, de J. Sosset (3).

2.º Lecturas en forma de trozos escogidos. Están formadas por selección de las mejores obras contemporáneas, acudiendo principalmente á los autores en quienes es más vivo el colorido y la resurrección histórica de las épocas: como Michelet y Thierry, Renán y Taine, Curtius y Gibbon, Mommsen y Macaulay; Toreno ó Pidal para España..... Así están compuestas las *Lecturas históricas* de

á los programas últimamente reformados (1890). Los diferentes tomos, encargados á especialistas, llevan grabados y mapas.

(1) *A First Book in American History, with Special Reference to the Lives and Deeds of Great Americans*.—Admirable libro, le llama una revista pedagógica americana.

(2) *Weltgeschichte in Biographien*. von Dr. M. Spiess und Prof. Verlet. Muy popular en Alemania. En 1885 pasaba de la 13.ª edición. Un precursor en este género fué K. W. Boettiger, *Die Weltgeschichte in Biographien*, 1839-44.

(3) Bruselas.—Dos folletos de 76 y 104 páginas. El Museo posee ambos.—Al mismo tipo pertenece el libro primero del *Curso ya citado* de M. Monod y G. Dhombres. Volveremos sobre él.

Raffi (1), y, en parte, las de Lanier y Carré (2), la *Histoire du moyen âge*, de Langlois (3), la de *Grecia*, de F. Dürbach (4), y la de *Italia*, según Guicciardini (5). Semejante sistema tiene sus ventajas, puesto que, además de eludir dificultades insuperables á veces, familiariza á los alumnos con los grandes modelos, con los historiadores que mejor han sabido comprender y reflejar el espíritu de las épocas que estudiaron (6). La principal dificultad que así se sortea, es la relativa á la comprensión de los documentos originales. M. Lavissee advierte en sus *Instrucciones* que «harían bien los autores en no contentarse con transcribir los documentos, porque el número de los escritores que son directamente accesibles á la inteligencia del alumno (de segunda enseñanza, y con mayor razón puede decirse de los de primera) es muy corto. Los hombres cultos sentirán el valor pintoresco de una página de un cronista medieval, porque se trasladan al medio en que vivió, y á la vez que leen, verifican la trasposición á la lengua y los sentimientos modernos; el niño es menos capaz de este trabajo. Es preciso darle el documento en forma que hable su lengua

(1) *Lectures historiques*: 7 vols.

(2) *Choix de lectures historiques*. El vol. I de la colección corresponde á la Edad Media (siglos IV á XIII). Con grabados, París, 1894.

(3) *Lectures historiques*.—Classe troisième.—*Histoire du moyen de âge*.—París, Hachette, 1891.—5 pesetas.

(4) *Lectures historiques*.—Grèce.—París. Delagrave, 1893.

(5) Guicciardini. *Narrazioni scelte della storia d'Italia, ordinate commentate per uso delle scuole*, da G. Falorsi. Firenze, 1891 (*Collezione scolastica*.)

(6) En España sólo tenemos un libro que guarde analogía con éstos: el del Sr. Gonzalez de Tejada (D. José) *Narraciones históricas tomadas de los mejores hablistas castellanos* (Madrid, 1866), muy imperfecto desde nuestro punto de vista.